

— Luego que hubieron visto todo excepto el piso alto, dijo Murph á su compañero.

— ¿No os parece que mi amigo es un hombre muy feliz? Esta casa y sus dependencias le pertenecen, sin contar unos mil escudos que trae empleados en su comercio; no tiene más que treinta y ocho años, es fuerte y robusto como un toro, y le gusta el oficio. Ese mozo que habéis visto es muy honrado y entendido en el oficio, y sustituye á mi amigo cuando éste sale á comprar ganado... Decid ¿no os parece un hombre muy dichoso este amigo mío?

— Por cierto, señor Murph; ¿pero qué queréis? por fuerza ha de haber en el mundo dichosos y desdichados. Cuando pienso en que gano cuatro francos diarios... y que otros no ganan más que dos, y aun menos...

— ¿Queréis que subamos á ver el resto de la casa?

— Con mucho gusto, señor Murph.

— Justamente se halla arriba la persona que ha de emplearos.

— ¡Que ha de emplearme!

— Sí.

— ¡Cómo! ¿y por qué no me lo habéis dicho antes?

— Ya os lo explicaré.

— Esperad un momento — dijo el Churiador triste y embarazado deteniendo á Murph por el brazo; — voy á deciros una cosa que acaso no os ha dicho el señor Rodolfo, pero que yo no debo ocultar al amo del establecimiento en que voy á trabajar... porque si no le gusta... vale más que sea ahora que después.

— ¿Qué queréis decir?

— Yo quería decir que...

— Explicaos.

— Qué soy un presidiario cumplido... que he estado en presidio... — dijo al fin el Churiador con voz ronca y sofocada.

— ¡Ah! exclamó Murph.

— Pero jamás he hecho daño á nadie — dijo con firmeza el Churiador — y antes moriría de hambre que ser ladrón... Pero he hecho más que robar — añadió bajando la cabeza — he matado... porque tenía cólera... En fin, aun hay más que decir — continuó después de un momento de silencio; — quiero que todo lo sepa el amo, porque es mejor que sea ahora que más tarde. Ya que le conocéis, decidme que estómago le hará esta declaración, y si creéis que no ha de admitirme, desandaré el camino sin presentarme...

— Subamos — dijo Murph.

— Siguióle el Churiador, subieron la escalera, se abrió una puerta y se encontraron ambos en presencia de Rodolfo.

— Déjanos, Murph... — dijo Rodolfo.

II

LA RECOMPENSA

— ¡Viva la patria! ¡Caramba, qué gusto me da veros, señor Rodolfo, ó monseñor Rodolfo!... — exclamó el Churiador.

— Buenos días, querido mío; también yo me alegro de veros.

— ¿Qué picarón de señor Murph! y me dijo que habíais tomado soleta... Vaya, vaya, monseñor, que...

— Llamadme señor Rodolfo, que me gusta más.

— Sea señor Rodolfo. Pues ahora quiero pedir os perdón por no haberos visto después de la noche del Maestro de Escuela... Ahora conozco que fué una mala crianza; pero, en fin, no estáis enfadado ¿verdad?

— Os lo perdono — dijo riéndose Rodolfo. Y luego añadió: — ¿Habéis visto bien esta casa?

— Sí, señor Rodolfo... hermoso despacho... gran mostrador; todo está pintiparado... Y á todo esto, señor Rodolfo ¿es aquí en donde voy á ganar los cuatro francos diarios de que me habló el señor Murph?

— Tengo otra cosa mejor que proponeros; porque esta casa con su despacho y todo lo que contiene, y mil escudos que hay en esa cartera, os pertenecen desde este momento.

El Churiador sonrió con un aire estúpido, estrujó convulsivamente el sombrero entre las rodillas, y no comprendió las palabras de Rodolfo á pesar de la claridad con que habian sido dichas.

— Concibo vuestra sorpresa — añadió Rodolfo con benignidad; pero os repito que esta casa y este dinero son de vuestra propiedad.

Al oír esto el Churiador se puso encarnado como una grana, pasó la mano callosa por la frente cubierta de sudor y dijo con voz alterada:

— Con que es decir que todo esto... me... es mío...

— Sí, vuestro... todo os lo doy ¿entendéis? os lo regalo todo.

El Churiador hizo varios movimientos en la silla, se rascó la cabeza, tosió, bajó los ojos y no respondió una sola palabra. Se le escapaba el hilo de las ideas: entendía perfectamente lo que Rodolfo le decía, y por lo mismo no podía dar crédito á sus oídos. Entre la miseria profunda y la degradación en que había vivido, y la fortuna que le aseguraba Rodolfo había un abismo que no llenaban los servicios que había prestado á éste.

— Os parece lo que os doy mucho más de lo que esperabais ¿no es verdad?

— le dijo Rodolfo.

— ¡ Monseñor ! — dijo el Churiador levantándose con ímpetu — me ofrecéis esta casa y mucho dinero... para tentarme ; pero... yo no puedo... Además yo no he robado jamás... Puede ser que sea para matar... ¡ pero hartos tengo ya con los sueños del sargento ! — añadió el Churiador con voz alterada.

— ¡ Desdichados ! — exclamó Rodolfo. — ¿ Será posible que estos infelices crean que sólo puede haber liberalidad por medio del crimen ?...

Y dirigiéndose luego al Churiador le dijo con dulzura :

— Os engañáis... me juzgáis muy mal. Nada deshonroso os pediré. Lo que os doy lo tenéis merecido.

— ¡ Yo ! — exclamó el Churiador cuyo asombro crecía por momentos. — ¡ Yo merecerlo ! ¿ y por qué ?

— Voy á deciroslo : Abandonado de todos desde vuestra infancia, sin idea alguna del bien ni del mal, entregado á un instinto salvaje, encerrado en presidio durante quince años con los mayores criminales, acosado por el hambre y la miseria y obligado por vuestra afrenta y por la reprobación de las personas honradas á vivir entre la hez de los malhechores, no sólo habéis conservado ilesa vuestra natural probidad, sino que los remordimientos de vuestro delito han sobrevivido al castigo que os impuso la justicia humana.

Este lenguaje sencillo y noble causó nueva admiración al Churiador, el cual miró á Rodolfo con un respeto mezclado de temor y agradecimiento, no pudiendo creer aún en la evidencia de lo que sucedía.

— Eso no viene al caso, señor Rodolfo... con que por haberme sacudido, cuando os creía un jornalero como yo, pues hablabais caló como el más pintado... por haberos contado mi vida y milagros entre dos vasos de vino... y después por haber impedido que os ahogaseis en la cueva... sólo por esto me dais una casa, dinero... me queréis hacer propietario... Eso no puede ser, señor Rodolfo... no puede ser.

— Creyéndome de vuestra clase me habéis contado llanamente vuestra vida, sin ocultarme nada de cuanto hay en ella culpable ó generoso. Os he juzgado y me parece justo recompensaros de este modo.

— Eso no puede ser, señor Rodolfo... No puede ser : hay jornaleros pobres... que toda su vida han sido honrados y que...

— Ya lo sé, y acaso he hecho por algunos de esa clase más que por vos. Pero si el hombre que vive con honra entre las gentes honradas merece estimación y amparo, el que se conserva honrado lejos de las personas de buen vivir y entre los criminales más detestables del mundo, no merece menos interés y apoyo. Además, me habéis salvado la vida, y también habéis salvado la de mi leal amigo Murph. Lo que hago por vos no es solamente dictado por el deseo de sacar del fango á una naturaleza vigorosa y noble, que se ha extraviado pero no perdido, sino por gratitud personal... Además...

— ¿ Qué más hice yo, señor Rodolfo ?

Rodolfo le apretó cariñosamente la mano y continuó :

— Lleno de compasión hacia un hombre que había querido mataros, le ofrecisteis auxilio, y aun lo refugiasteis en vuestra pobre vivienda, callejón de Nuestra Señora, número 9.

— ¿ Y sabíais mi casa señor Rodolfo ?

— Aunque olvidáis los servicios que me habéis hecho, no los olvido yo, querido mío. Después que salisteis de mi casa fuisteis observado de cerca y os vieron entrar en vuestra habitación con el Maestro de Escuela.

— Pero el señor Murph me había dicho que no sabíais donde vivía, señor Rodolfo.

— Quise hacer con vos la última prueba... quise saber si teníais el desinterés de la generosidad... En efecto, después de vuestra acción generosa os entregasteis á vuestro penoso trabajo sin pedir nada, sin esperar nada y sin proferir la menor queja por la aparente ingratitud con que me había olvidado de vuestros servicios ; y cuando Murph os propuso ayer una ocupación algo mejor que vuestro empleo habitual, la habéis aceptado con gozo y con agradecimiento.

— Escuchad, señor Rodolfo ; en cuanto á eso... cuatro francos diarios son al fin cuatro francos diarios... En cuanto al servicio que os hice, más bien debo yo daros gracias que vos á mí...

— ¿ Cómo ?

— Sí, por cierto, señor Rodolfo — añadió con acento triste. — Se me vienen tantas cosas á la cabeza... Mirad, desde que os conozco y me habéis dicho aquellas dos palabras : TIENES CORAZÓN Y HONOR, discurro de otro modo... No atino como dos palabras, dos solas palabras me hacen pensar así. Pero lo cierto es que si uno siembra en la tierra dos granitos de trigo, dan luego espigas gordas y grandes.

Esta comparación justa y casi poética sorprendió extrañamente á Rodolfo. En efecto, dos solas palabras, pero dos palabras mágicas para los corazones que saben comprenderlas, habían desenvuelto de repente en aquella naturaleza inculta los instintos generosos que estaban en germen.

— ¿ Fuisteis vos quién ha puesto al Maestro de Escuela en Saint-Mandé ?

— Sí, señor Rodolfo..., me rogó que le cambiase por oro sus billetes y le comprase un cinto que yo mismo le he cosido... metile dentro su *cum quibus*, y buenas noches. Paga treinta sueldos diarios, que no es pequeña conveniencia para los amos de casa... Cuando me deje algún tiempo la faena del muelle iré á hacerle una visita para ver como le va.

— ¡ Vuestra faena del muelle !... ¿ Os olvidáis por ventura de vuestro establecimiento y de que estáis en vuestra casa ?

— Vamos, señor Rodolfo, no os burléis más de un pobre diablo : hartos os

habéis divertido ya con *experimentarme*, como vos decís. Mi casa y mi tienda son dos cosas distintas, pero son los mismos frailes con las mismas mangas... Sin duda os habéis dicho: Vamos á ver si este animalote de Churiador se figura que le hago un regalo de este calibre... Basta, basta señor, Rodolfo... ya sé que sois de buen humor... hablemos de otra cosa.

Y soltó una carcajada sincera y estrepitosa.

— Pero, amigo mío... creed que...

— Ahí está la cosa, monseñor... si os creyera diríais después: ¡Pobre Churiador, qué lástima me das!... ¿estás malo de la cabeza, eh?

Rodolfo empezó á conocer la dificultad de convencer al Churiador, y le dijo en un tono grave, imponente y casi severo:

— Yo no me burlo jamás del agradecimiento y del interés que me inspira una conducta noble... Os he dicho ya que esta casa y este establecimiento os pertenecen... si así os conviene. Os juro por mi honor que todo esto os pertenece, y que os hago este don por las razones que os he expuesto.

Al oír el acento firme y al ver la expresión grave de las facciones de Rodolfo, el Churiador no dudó por más tiempo de la verdad. Guardó silencio por algunos momentos, miró á su protector, luego dijo sin énfasis y con voz profundamente conmovida:

— Lo creo, monseñor, y os doy gracias... Un pobre diablo como yo no sabe decir bien las cosas; pero creedme bajo palabra de honor... os doy muchas gracias. Todo lo que puedo deciros es que jamás negaré mi socorro á los desgraciados... porque el hambre y la miseria son unas Pelonas parecidas á la que cautivó á la pobre Cantaora... y cuando echan la mano al gañote no todos tienen bastante *puño* para librarse de ellas.

— De ningún modo me probaríais mejor vuestro agradecimiento, querido mío, que hablándome de esa manera.

— Me alegro, monseñor, porque me costaría trabajo probároslo de otro modo.

— Vamos ahora á ver la casa: Murph ha tenido ya este placer y yo quiero tenerlo también.

Rodolfo y el Churiador bajaron la escalera, y al entrar en el patio dijo respetuosamente al Churiador el mozo del establecimiento:

— Ya que sois al amo, señor, vengo á deciros que hay mucho despacho. Se acabaron las costillas y las piernas de carnero, y será preciso matar una ó dos reses inmediatamente.

— Ahí tenéis — dijo Rodolfo — una excelente ocasión de lucir vuestra habilidad. Manos á la obra cuando gustéis: yo estrenaré vuestra cocina comiendo algunas chuletas de carnero, porque el paseo me abrió singularmente el apetito.

— ¡Qué bueno sois, señor Rodolfo! — dijo el Churiador lleno de alegría. — Ya que me alabáis así voy á echar el resto de mi habilidad...

— ¿Llevaré dos carneros al matadero, señor amo? — dijo el criado.

— Sí, y tráeme un cuchillo de buena punta, que no sea muy fino... y ancho de revés...

— Aquí está, señor amo, como lo pedís... os podéis afeitar con él.

— ¡Rayo, señor Rodolfo!!! — exclamó el Churiador quitándose el levitón, arremangando la camisa y dejando ver sus brazos atléticos. — Esto me trae á la memoria los tiempos de Montfaucón... veréis cómo tajo allá dentro... ¡Rayo, ya quisiera estar en el sitio!... ¡El cuchillo, muchacho... el cuchillo!... Eso es... tú sí que lo entiendes: ¡vaya una hoja de gusto!... ¿Quién se pone ahora delante de mí?... ¡Cáspita! con un churi como éste me arrojaría á un toro furioso.

Y al decir esto blandió el cuchillo moviendo á uno y otro lado su hercúleo brazo. Sus ojos empezaron á inyectarse de sangre, y el instinto sanguinario volvió á presentarse con toda su espantosa energía.

El matadero que estaba en el patio era una pieza abovedada, sombría y alumbrada únicamente por un pequeño tragaluz.

El criado condujo dos carneros hasta la puerta.

— ¿Los llevo á la argolla, señor amo?

— ¡Rayo! ¿para qué atar á esos corderos? No tengas cuidado que yo los meteré en el torno de mis rodillas... Venga el animal y vuélvete á la tienda.

El mozo se marchó.

Rodolfo quedó solo con el Churiador observándolo con la mayor atención, y casi con ansiedad.

— ¡Vamos, manos á la obra! — le dijo.

— Y no durará mucho tiempo, por vida mía. ¡Rayo! ya veréis, ya, cómo meneo el cuchillo... Ya me arden las manos... y me zumban les oídos... y me laten las sienas... y el mundo se *vuelve encarnado*... ¡Vamos, tú, alma de lana... á ver... á ver cómo te quito las ganas de balar!

Los ojos del Churiador brillaron con un fuego salvaje, se arrojó de un salto al carnero, lo suspendió sin el menor esfuerzo y se lo llevó como un lobo que se retira con la presa á su cubil.

Rodolfo le siguió y se arrimó á la puerta después de haberla cerrado tras sí.

El matadero era oscuro, y un solo rayo de luz caía perpendicular desde la claraboya sobre la ruda fisonomía del Churiador, iluminando su cabello pálido y sus rojas patillas. Doblado en ángulo recto por la cintura, tenía en la boca el cuchillo que brillaba en medio del claro oscuro, y sujetando al mismo tiempo al carnero entre las rodillas lo cogió por la cabeza, le tendió el cuello, y lo degolló.

Al sentir la hoja del cuchillo dió el carnero un balido triste y dolorido, volvió hacia el Churiador los moribundos ojos... y dos chorros de sangre bañaron la cara del matador.

El quejido, la mirada y la sangre que chorreaba de su cara causaron á este hombre una impresión espantosa. Cayóle el cuchillo de la mano; su rostro quedó livido y horrorizado, sus ojos fijos y abiertos, y el cabello erizado y



Doblado en ángulo recto por la cintura, tenta en la boca el cuchillo...

derecho... Dió hacia atrás algunos pasos y exclamó con voz trémula y sofocada

— ¡Oh!... ¡el sargento!... ¡el sargento!...

Rodolfo corrió hacia él.

— ¡Vuelve en tí... sosiégate, amigo mío!

— ¡Allí!... ¡allí está!... ¡el sargento!... — repitió el Churiador retrocediendo paso á paso, con la vista fija y señalando con el dedo un fantasma invisible. En seguida dió un grito espantoso como si le hubiese tocado el espectro, y se precipitó hacia el sitio más obscuro del matadero, se arrimó con el pecho y los brazos extendidos á la pared como si quisiera derribarla para huir de la horrible visión, y volvió á repetir con voz sorda y convulsa:

— ¡Oh! ¡el sargento!... ¡el sargento!...

III

LA PARTIDA

Recobró el Churiador el estado habitual de su ánimo con los esfuerzos de Rodolfo y de Murph para serenarlo y calmar su agitación. Hallábase solo con el príncipe en una de las primeras piezas de la carnicería.

— Monseñor, — dijo con aire triste y abatido — habéis sido muy bueno para mí... pero os digo en verdad que quisiera ser mil veces más infeliz de lo que he sido... antes que hacerme carnicero.

— Pero reflexionad sin embargo que...

— Perdonad, monseñor... cuando he oído el grito de ese pobre animal que no se defendía de mí... cuando sentí su sangre en mi cara... una sangre caliente como si estuviese viva... ¡Oh, monseñor, no sabéis lo que es eso!... Entonces he visto mi sueño del sargento... y los pobres soldados que maté, con la cara desencajada y amarilla... que no se defendían, y que al expirar me dirigían una mirada tan compasiva... tan dulce... como si me dijeran: « ¡Te perdono! » ¡Oh, monseñor!... ¡es cosa de volverse loco!...

Y el desdichado se cubrió el rostro con las manos.

— Vamos, sosegaos, amigo mío.

— Perdonad, perdonad, monseñor; pero ahora, la vista de la sangre... de un cuchillo... no podría sufrirla... Á cada instante se renovarían los sueños que empezaba ya á olvidar... Todos los días con los pies en la sangre... matar unos animales inocentes que no se defienden... ¡Oh! no... no; sería imposible. Más quisiera estar ciego como el Maestro de Escuela, que tomar ese oficio.

Sería imposible pintar la expresión del acento y de la fisonomía del Churiador al proferir estas palabras. Rodolfo sintió una profunda conmoción, al paso que le satisfizo la horrible impresión que la vista de la sangre había causado á su protegido.

El instinto brutal y sanguinario estaba dominado por la razón del Churiador; el remordimiento triunfaba por último del instinto. Rodolfo observó con satisfacción este feliz resultado.

— Perdonadme, monseñor, — dijo con timidez el Churiador — el que os pague tan mal vuestros favores... pero...

— Al contrario, querido mío; ya os he dicho que todo esto dependía de vuestra voluntad. Os había elegido el oficio de carnicero por parecerme conforme á vuestra inclinación y á vuestro gusto...

— ¡ Ah! monseñor, es verdad... Esa sería mi dicha si no hubiese aquello que sabéis... Hace un rato que se lo decía al señor Murph.

— Por si acaso no os convenía esta profesión, previne de antemano otro recurso. Una persona que tiene bienes en Argelia puede cederos una de las vastas haciendas que posee en aquel país, y cuyas tierras son muy fértiles y propias para el cultivo; pero no quiero ocultaros que estas tierras se hallan situadas á la falda del Atlas, es decir, en los confines del país y expuestas por consiguiente á las frecuentes correrías de los árabes. Aquel establecimiento debe considerarse como una especie de reducto avanzado, y para habitarlo es necesario ser tan buen soldado como cultivador. La persona que beneficia esta hacienda en ausencia del propietario os pondría al corriente de todo; me han dicho que es hombre honrado y laborioso, y podríais conservarlo á vuestro lado el tiempo que creyeseis necesario. Una vez establecido allí, no sólo podríais aumentar vuestra hacienda con el trabajo y la inteligencia, sino también prestar al país grandes servicios con vuestro valor. Los colonos forman una milicia: y como la extensión de vuestras tierras es considerable, y grande el número de labradores que dependen de ellas, seréis el jefe de una tropa respetable, que entusiasmada con vuestro valor, podrá hacer grandes servicios al país y defenderá las propiedades esparcidas en el territorio adyacente. Os deseo más bien este porvenir, á pesar de los peligros que encierra... ó más bien á causa del mismo peligro, porque de este modo utilizaríais vuestro valor natural, y porque, á pesar de haber expiado ya y casi lavado la mancha de un gran crimen, acaso necesitáis aún cierta rehabilitación, la cual será más noble, más completa y heroica en medio de los peligros de un país indómito, que en la paz inalterable de una pequeña población. Si antes no os he hecho esta proposición, ha sido por creer que la otra os satisfaría; y además me parecía demasiado aventurada para hacéroslo desde luego, sin ofrecer antes otra elección... Podéis escoger lo que más os agrade... si no os gusta el establecimiento de Argelia decidmelo francamente, y buscaremos otra cosa... Si os gusta, mañana mismo se firmará la cesión y partiréis para Argel con una persona encargada de daros posesión de los bienes á nombre del propietario. Las tierras producen tres mil francos en arriendo, y á vuestra llegada cobraréis dos años de renta

vencida. Trabajad y mejorad vuestras tierras, sed activo y vigilante, y labraréis fácilmente vuestro bienestar y el de vuestros colonos, con quienes no dudo seréis siempre caritativo y generoso... No os olvidéis de que el *ser rico...* es *tener mucho que dar...* Aunque lejos de vos, Churiador, no os perderé nunca de vista, ni me olvidaré jamás de que yo y mi mejor amigo os debemos la vida. La única prueba de afecto y de gratitud que os pido es el que aprendáis euanto antes á leer y escribir, á fin de que podáis explicarme directamente y una vez cada semana la vida que hacéis, y me pidáis consejo y apoyo si llegareis á necesitarlos.

Inútil sería pintar los arrebatos de ingenua alegría á que se entregó el Churiador. El lector conoce bastante su carácter y concebirá que ninguna proposición podía serle más grata.

En efecto, al día siguiente el Churiador se puso en camino para Argel.

IV

INDAGACIONES

La casa que tenía Rodolfo en la calle de las Viudas no era el lugar de su residencia ordinaria, pues habitaba uno de los mayores edificios del barrio de San Germán, situado al extremo de la calle de Plumet y del baluarte de los Inválidos.

Había guardado el incógnito desde su llegada á París á fin de evitar los honores debidos á su rango de príncipe soberano, y su encargado de negocios cerca de la corte de Francia había anunciado que su señor haría las visitas oficiales indispensables bajo el nombre y título de *conde de Duren*. Á favor de esta costumbre, frecuente en las cortes del Norte, un príncipe puede viajar con toda libertad y sin la enfadosa etiqueta de los palacios. Rodolfo, á pesar de su transparente incógnito, tenía una casa puesta cual convenia á su persona. Introduciremos al lector en su habitación de la calle de Plumet el día siguiente á la salida del Churiador para Argelia.

Eran las diez de la mañana.

En medio de un gran salón del piso bajo, que precedía al gabinete en que trabajaba Rodolfo, se hallaba Murph sentado á una mesa y cerrando varios pliegos.

Un ujier vestido de negro y con una cadena de plata al cuello, abrió las dos hojas de la puerta y dijo: